

El pasado 6 de octubre de 2002, Juan Pablo II procedió, en una solemne ceremonia en la plaza de San Pedro, a la canonización de San Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei y de la Universidad de Navarra. A la ceremonia asistió una multitud cercana a las 400.000 personas, llegadas a Roma de todo el mundo. Se estima que aproximadamente el cincuenta por ciento eran menores de cuarenta años. Muchos hicieron grandes esfuerzos, de variados tipos, para estar allí; todos soportaron con alegría, palpable en el ambiente, las incomodidades propias de un acontecimiento de estas características. Todos ellos siguieron la misa y la ceremonia de canonización con la misma devoción y recogimiento como si hubieran estado pocas personas en una capilla privada, con sabor de intimidad. No es frecuente que se produzcan estas manifestaciones populares de piedad, tan numerosas y a la vez tan profundamente vividas. Si hemos de ser sinceros, desde el punto de vista de la historia de las manifestaciones de religiosidad, esta ceremonia marca un hito histórico y muestra la potencialidad de transformación espiritual de un carisma. El futuro medirá sus proporciones.

Pero más allá de las consideraciones históricas, que exigirían un estudio detenido para manifestarse en su plenitud verdadera, me interesa señalar algo mucho más sencillo. Esta revista, *Memoria y Civilización*, está editada por la Universidad de Navarra y da la feliz coincidencia de que el pasado 6 de octubre el Fundador de nuestra Universidad ha sido canonizado. También este hecho es singular. No hay muchas universidades que puedan contar entre los santos canonizados a su fundador; además, nosotros tenemos el privilegio, de cara a los que ya han pasado por nuestra *alma mater* y a los que luego vendrán, de haber vivido este excepcional momento. Por eso estas palabras quieren mostrar sobre todo, dos cosas, agradecimiento y alegría. Agradecimiento en primer lugar a Dios, por los dones recibidos. En segundo lugar, a San Josemaría, a cuya intercesión acudimos, por el esfuerzo y los desvelos que puso en cumplir su vocación y en concreto, por haber fundado la Universidad de Navarra, donde tantas personas trabajan y se forman. En tercer lugar y dado que esta fecha coincide providencialmente con el 50º aniversario de la fundación de

la Universidad, nuestro agradecimiento se extiende a todos cuantos comenzaron aquí una labor, pequeñísima en sus inicios, y que cuenta ya con una extraordinaria madurez, gracias al esperanzado trabajo de todos.

Por otra parte, el acontecimiento del que ahora nos hacemos eco nos produce a todos los que trabajamos en la Universidad de Navarra, una extraordinaria alegría, difícil de expresar, pero fácil de comprender, y que hacemos extensiva a todos nuestros colaboradores y de modo especial, a quienes escriben en *Memoria y Civilización*, y a sus lectores.

San Josemaría Escrivá estuvo siempre muy pendiente de los problemas universitarios. Para él, la ciencia, todas las ciencias, eran una manifestación del poder creador de Dios y de las posibilidades concedidas a los hombres para conocer la naturaleza sobrenatural, humana y física. A través de este conocimiento no sólo se puede llegar a Dios, porque la ciencia, correctamente entendida, no es contraria a la fe, en modo alguno, sino que el propio trabajo científico, hecho con dedicación y entrega, bien hecho humanamente y ofrecido a Dios, lleva necesariamente a Él. Para San Josemaría, trabajar con sentido sobrenatural equivalía a orar, por más que el trabajo tuviera que dejar espacio también a unos ratos de oración más específicos donde el alma se encuentra con Dios y aprende a hacer contemplativa su vida de trabajo. Todo trabajo cobra así una dimensión sobrenatural. Esta dimensión sobrenatural está en la misma raíz del trabajo, pero oculta, y cada uno debe saber descubrirla, sacarla fuera, para que pueda hacerse presente en la vida: “hay *un algo* santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno descubrir”, decía en su homilía *Amar al mundo apasionadamente*, que pronunció precisamente, en el campus de nuestra Universidad, el 8 de octubre de 1967.

Allí habló también de un *materialismo cristiano*. Si, como él decía, “es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres”, es decir, si la materialidad que nos rodea y con la que tratamos a diario es camino de santificación, “es lícito, por tanto, hablar de un *materialismo cris-*

tiano, que se opone audazmente a los materialismos cerrados al espíritu”. Desde esa perspectiva el estudio científico, el que sea, que lleva a conocer e interpretar mejor el mundo en el que vivimos, se muestra como un aspecto especialmente relevante de ese *materialismo* que trata de integrar en su explicación las realidades sociales y materiales con el espíritu cristiano y la dignidad de la vida humana que es su consecuencia.

En el pensamiento de San Josemaría, la Universidad en general, es un elemento clave de la sociedad; por su propia naturaleza, “debe contribuir, desde una posición de primera importancia, al progreso humano”. Esa función supone plantearse problemas a resolver, pero problemas que abarquen toda la complejidad humana y por lo tanto, las cuestiones espirituales también. Desde el punto de vista práctico, la Universidad debe cumplir su función poniendo por delante dos aspectos esenciales: la búsqueda de la verdad y el espíritu de servicio. La búsqueda de la verdad exige investigación, por eso la Universidad es principalmente investigadora; después vendrá la transmisión de aquello que ha sido difícil descubrir y que, una vez asimilado, se pone al servicio de los demás de modo mucho más claro. Se trata necesariamente, de una verdad integral, es decir, una verdad que con sus descubrimientos parciales no contradiga la verdad profunda de lo que es la persona humana.

En ambos sentidos mencionados -generosidad en compartir los descubrimientos científicos y respeto a la dignidad humana-, el trabajo universitario es esencialmente, un servicio. El espíritu de servicio existe tanto en la manera de entender la función investigadora y docente, como en el trato entre las variadas personas que integran la Universidad, autoridades académicas, profesores, alumnos, personal no docente y de servicios. Sólo desde esta perspectiva de trabajo en equipo y de respeto a todos, la Universidad podrá ocuparse de todo aquello que de verdad interesa a la sociedad, porque, como decía también San Josemaría, “la Universidad no vive de espaldas a ninguna inquietud, a ninguna necesidad de los hombres. No es misión suya ofrecer soluciones inmediatas. Pero al estudiar con profundidad científica los problemas, remueve también los corazones, espolea la pasivi-

dad, despierta fuerzas que dormitan y forma ciudadanos dispuestos a construir una sociedad más justa”¹.

En la Universidad de Navarra intentamos trabajar así, otra cosa es que lo consigamos. Por eso nos produce una gran alegría y satisfacción saber que ese espíritu que nos inspira ha sido reconocido como un camino de santidad en la Iglesia Católica. En *Memoria y Civilización* aceptamos el reto que la canonización de nuestro Fundador nos plantea: intentar, ahora con más ilusión y esfuerzo, realizar nuestro trabajo con la perfección profesional y el deseo de servir a la comunidad científica lo mejor que podamos.

Agustín González Enciso
Director de *Memoria y Civilización*

¹ Todas las citas de esta breve Nota están tomadas del libro *Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad*, Pamplona, EUNSA, 1993, que reúne junto a varios textos del autor sobre el trabajo universitario, unos cuantos estudios sobre cuestiones monográficas en los que se cita una abundante bibliografía.

Artículos

Biografía e Historia

